

Georges Duby

Diálogo sobre la historia. Conversaciones con Guy Lardreau. Versión española de Ricardo Artola.

Madrid, Alianza Universal, Colección Histórica, nº 573, 1988. I.S.B.N.: 84-206-2573-6, 169 págs., 20 x 13 cms., Rústica. P.V.P.: 1500 Pts.

Título original francés: *Dialogues*, París, Flammarion, 1980.

Resumen del índice: Prefacio (11). 1. Un nominalismo moderado (37). 2. La memoria y lo que olvida (63). 3. En la historia de la historia (77). 4. Marx y el agua del baño (101). 5. Interferencias, correlaciones, arreglos inestables (129). 6. Epílogo (159). Advertencia final (163). Bibliografía (de G.Duby) (167).

A través de una sugeridora presentación que invita desde un principio a reflexionar, en la que se lanzan afirmaciones del talante de «ya sólo la historia cuenta historias», «todo es historia», o «sólo hay discursos sobre los sueños», el filósofo Guy Lardreau, que en esta ocasión hace las veces de «entrevistador», consigue crear el ambiente ideal en el que asistimos al jugosísimo diálogo entablado entre él y G.Duby en el lapso de tiempo comprendido entre noviembre de 1978 y marzo de 1979. A lo largo de este diálogo, tan ameno como informativo, más ágil que cualquier tratado, quedan espigados los resortes intelectuales, los elementos teóricos, nunca antes expuestos *in extenso* en una Teoría de la Historia, de quien es reputado como el mejor (al menos de la historia, de quien es reputado como el mejor (al menos entre los medievalistas) historiógrafo francés de los últimos tiempos. Semejantes resortes tejen la base imprescindible para mantenernos a flote en el caudal actualmente más fructífero de la investigación histórica.

Las conversaciones, que barajan un amplio espectro temático, convergen sin embargo, o más bien giran en torno a una gran cuestión axial: el problema de la cientificidad de la Historia. El centro del debate epistemológico es el subjetivismo que impregna indefectiblemente cualquier estudio en este campo, subjetivismo que proviene de la necesaria identificación que se produce entre el sujeto y el objeto de la Historia (el propio hombre cumple las dos funciones simultáneamente, es a la vez artífice protagonista e intérprete), del anacronismo constitutivo de este saber (los hechos siempre son «participio pasado» y su reconstrucción no puede escapar de la luz epocal de quien los narra) y de la inevitable selección a la que sus fuentes se ven sometidas una y otra vez (porque algunas se pierden, porque otras sólo sobreviven debido al interés que algún poder tenga en ello y porque todas han de pasar por el tamiz de la personalidad y formación de quien las utilice).

Duby intenta revisar el estudio científico de la Historia, buscar las condiciones de posibilidad de ese saber, desde un «nominalismo moderado», contrapuesto al típico «realismo» de la historia positivista. Su postura supone una reivindicación de la subjetividad siempre que esté apoyada -no tiranizada, el aparato crítico da valor al discurso

pero sus excesos pueden hacernos caer en el peligro de la proletarización o la insípida erudición, nostálgica de «cientificidad»- sobre la base de las evidencias. Para él, el historiador obligadamente «sueña»: debe rehacer el pasado rellenando con su imaginación las lagunas que se forman entre las huellas que se conservan, pero haciendo equilibrios para buscar la seguridad sobre las piedras que permanecen sólidas (solidez consensual, no exenta tampoco de carga subjetiva). Califica a la Historia como literatura de evasión con necesidades de veracidad: el «sueño» no es enteramente libre, sus ingredientes son las fuentes «comprobadas», ceñidas cronológicamente y relacionadas entre sí, la imaginación del narrador, sus íntimos deseos, los condicionamientos de su medio, su adscripción a una u otra opción teórica o incluso su estilo al escribir.

Una suerte de «examen» al que Lardeau somete a Duby nos permite hacer un completo recorrido por la historia de la historiografía: conocemos la manera de proceder de los historiadores antiguos (una «historia inmediata» o crónica, similar a la labor de un periodista, o una «historia poética», un discurso totalmente inventado, una deformación del recuerdo); advertimos la mezcla de veneración e irritación que experimenta el autor hacia la historia positivista del siglo XIX, hacia la «Gran Historia» romántica de Michelet, Thierry o Fustel por sus pretensiones de «objetividad»; y vemos como los orígenes de una nueva forma de entender la Historia, de una forma diferente de pronunciar el discurso se remontan a la Escuela de los «Annales» (Bloch, Febvre, Braudel...) de la que él se siente hijo y deudor. Capítulo aparte en este relato de los progresos de la disciplina histórica merecen el marxismo y el cristianismo. Acerca del primero opina Duby que es una «caja de herramientas» imprescindible, un instrumento de análisis de una gran eficacia heurística, pero que debe considerarse una teoría entre otras y no una ciencia o un dogma, utilizando sus claves con precaución. En el segundo cifra el autor el hecho mismo de que hagamos Historia: nociones como «historicidad», «periodización», «progreso», «causalidad», son inherentes al sistema de valores del cristianismo.

La profunda duda procedente de la decepción respecto a cómo se anhelaba hacer Historia a principios del siglo XX -duda que la libró de su arrogancia y vanas pretensiones- unida a un desafío contra el anquilosamiento por parte de la Sociología, la Etnología, etc, ha estimulado el nacimiento de la «buena Historia» -como gusta llamarla Duby-, de la Historia-problema preocupada no sólo por describir sino, con más ahinco, por plantear e intentar resolver preguntas. Con tal finalidad de enriquecimiento la Historia ha cambiado en decisivos aspectos: prefiere realizar cortes horizontales en el tiempo (los movimientos lentos a las efesverencias, la cotidianeidad a lo excepcional, la continuidad a las innovaciones); ha ampliado su objeto de estudio (en el fondo todo puede serlo si posee cronología); se esfuerza en rastrear las huellas más difícilmente perceptibles, fugitivas, ocultas (la comprensión de las «actitudes mentales» que se modifican representa su horizonte); y se entiende antes que nada como relación, búsqueda de la globalidad, o coherencia subyacentes al entrecruzamiento de múltiples instancias en equilibrio inestable (la sociedad es un organismo vivo cuyos componentes se interdeterminan natural y culturalmente). En definitiva, es preciso apostar por una Historia que no tiene sentido si se repliega sobre sí misma y se enquistá, por una Historia nutritiva, audaz y sabrosa, útil tan sólo si está bien hecha: con una armoniosa mezcla de lucidez y pasión.

María José REBOLLO ESPINOSA